



DON GUINDO Y PASCUAL CEREZO.

PASILLO.

PASCUAL. ¡Ay de mí,
 que estoy muy malo!
 Por Jesús, que no estoy bueno,
 tengo el estómago débil,
 tengo muy flaco el pescuezo,
 me titubean las piernas
 y se bambolea mi cuerpo;
 La cintura se me arruga
 y se me encogen los huesos.
 De la cama he salido,
 porque dicen que me muero,
 y quiero ver si la muerte
 se me atreve á pié derecho.
 Juro por los seis gigantes
 que en la procesion del Corpus
 salen bailando y brincando,
 con tamboril y pandero,
 que no me puedo mover;
 en una silla me siento,
 ¡ni aun sentado puedo estar!...
 ¡ay, que me duele el cerebro,
 el estómago y las tripas!

¡Ay, pobre Pascual Cerezo!
 que discurre que la muerte
 te está royendo los huesos;
 es verdad por vida mia,
 que muy escurrido me siento,
 que estoy ya desahuciado
 de Párias, ese gra perro,
 al que en un cubo muy grande
 le encubillara su cuerpo.
 ¿De qué te sirve el pulsar
 si no encuentras en Galeno
 para mis penas alivio,
 para mis males remedio?
 ¡Ah boticario insolente!
 ¿Soy yo pelota de viento
 para que con tantos botes
 me estés dando tal tormento?
 Dí, sangrador condenado,
 ¿soy yo toro, gran camueso,
 para que tantas picadas
 me hayas dado con tu hierro?
 Todos me quitais del mundo;



¡ay de mí, santos del cielo
de este médico libradme,
del boticario y barbero!...
Vaya, vaya, malo estoy,
ganas de comer no tengo...
diez cuarterones de pan,
una libra de carnero,
cuatro cuartos de tocino,
seis camuesas y diez peros
es lo que hoy he comido,
y aun es menos lo que bebo:
siete limetas de vino
y de aguardiente diez dedos
he bebido solamente,
miren qué mantenimiento
para un hombre como yo...
D. G. ¿Es usted el enfermo?
¿es usted Pascual Cerezo?
P. Sí, señor, yo soy.
D. G. ¿Y cómo está usted vestido?
P. Es bien claro segun veo,
que usted no me ha tratado,
pues yo nunca anduve en cueros.
D. G. ¿Usted me conoce á mí?
P. Ni me ocupo en conocerlo.
D. G. ¿Sabe usted á lo que vengo?
P. Ni me hace falta saberlo.
D. G. Es menester que lo sepa;
soy el escribano y vengo
á formar el inventario...
P. Por Jesús que no le entiendo.
D. G. Pues se lo diré más claro.
Vengo á hacer el testamento.
P. ¿El qué?... ¿testamento dijo?
Vaya á testar á su abuelo.
D. G. Este hombre está delirante.
P. Delirante, ni por pienso.
D. G. Efectos son de la fiebre.
P. Será fiebre ó podenco,
el galgo, el mastin; el gato,
el lobo... y aquí me quedo.
D. G. Deténgase en el hablar.
P. ¿Cómo tiene que ser eso?
¿en el hablar detenerme
cuando de piés no me tengo?
D. G. Vaya, caiga de su burra.
P. Demasiado estoy cayendo

D. G. No llore, que es verüenzga.
P. ¿No he de llorar?...
Don Guindo, ¿qué me quereis
D. G. Amigo, lo que yo quiero
es que me participeis
las prendas, ropa y dinero
para hacer un inventario,
y bajo este instrumento
se entregue lo que dejeis
al que nombreis heredero.
P. Creo que donde usted está
no falta ninguno de ellos.
D. G. ¿Por qué asi formais de mí,
gran bestia, ese concepto?
P. Porque siendo usted escribano
todo cabe en el tintero.
D. G. Hable mejor ó le envíe
mas que volando al infierno.
P. No es mi pluma, amigo mio,
la que á nadie daño ha hecho.
D. G. Varios hay que con su pluma
han volado para el cielo.
P. Sí señor, y cuatro han sido,
Con ellos San Juan, San Lúcas,
San Márcos y San Mateo.
D. G. Si se ha de hacer inventario
avise, y si no me vuelvo.
P. Pues usted vuelva la hoja,
y el inventario empecemos;
síntese con mil demonios
y escriba cual fariseo.
(Se sienta.)
D. G. Poner quiero la cabeza...
P. La cabeza no la dejo
ni al padre que me engendró.
D. G. Calle usted porque no es eso.
P. Usted ha de poner tan solo
lo que le fuere diciendo,
que será cosa por cosa.
D. G. La cruz pongo y digo presto..
P. Ponga usted dos cornucopias,
más catorce candeleros
y dos espejos muy claros.
D. G. Ahora no se pone eso.
P. ¿Por qué razon, diga usted?
D. G. Porque se invoca primero
de Jesús el dulce nombre.

P. Eso todos lo sabemos,
y para adornar la cruz
ponga lo que dicho hemos.

D. G. ¿Luego no hay tales alhajas?

P. No lo sé. Mas siga el cuento...
Ahora ponga usted una burra
que tendrá como año y medio,
piés castaños, vela larga,
corto el rabo y ojos negros;
y ponga usted más abajo,
que murió habrá dos inviernos.

D. G. Pues, hombre, si ya murió
¿no es escusado el ponerlo?

P. Toma, ¿y el refran que dice,
despues de muerto el burro
la cebada al rabo?
Item más, porque me acuerdo,
ponga un orinal de paja.

D. G. ¿Y tendrá su vidrio dentro?

P. Que lo echó fuera de sí
hará dos años completos;
pero la paja está nueva.
Ponga usted un servicio nuevo.

D. G. Calle, que eso es porquería.

P. Solo tiene un agujero,
y como todo se sale
yo me gobierno en el suelo.
Siga usted poniendo abajo
un cuadro que tambien tengo
en un lienzo muy delgado
y una Santa Clara en medio.

D. G. ¿Es pintura de valor
ó de algun pincel muy diestro?

P. No, señor, que no hay pintura.

D. G. ¿Cómo lo compondremos,
que no es pintura y que tiene
una Santa Clara en medio?

P. Es que tiene un boquete
por donde yo me clareo.
Siga usted poniendo ahora
un San Antonio muy bueno
que tenia siete cuartas,
pero ahora tiene dos menos.

D. G. ¿Pues cómo ha disminuido
si es de bulto? No lo entiendo.

P. Porque no tiene cabeza,
y le falta por el suelo

como cosa de una cuarta,
y por eso es más pequeño.
Libro tampoco lo tiene,
y las manos volaverum,
y el niño se fué á la gloria!
Item más, porque me acuerdo,
ponga usted una copa grande.

D. G. ¿De cobre, metal ó hierro?

P. Ni de cobre ni metal,
es la copa de un sombrero
que yo le corté las alas
porque no tomara vuelo.

D. G. Jesús, cuánto disparate!

P. Escaparates no tengo:
ponga usted una papelera.

D. G. ¿Es de nogal ó de cedro?

P. No, señor, que es solamente
una bolsa de pellejo,
donde mis papeles traigo.
Item más, porque me acuerdo:
Ponga usted una espada ancha.

D. G. ¿Puede saberse el precio?
¿Es acaso toledana?

P. Aguarde usted... ya me acuerdo,
que tengo solo la vaina.
Seis cobertores pondremos.

D. G. De qué son decid al punto!

P. ¿De qué han de ser, majadero?
todos de papel escrito
por mi pluma y mi tintero
de cuando estaba en la escuela.
Item más, porque me acuerdo
y se me puede olvidar.
Ponga usted una sala en pelo!

D. G. ¿En pelo! jamás la he visto.

P. Es que no tiene espejos,
cuadros, láminas ni sillas.
Ponga usted un reló que tengo,

D. G. ¿En dónde está ese reló?

P. ¿En dónde ha de estar, podenco?
en la torre de la iglesia,
y por más señas es nuevo.

D. G. De eso no se hace mencion,
de aquello que fuere vuestro
acordaos solamente,
y de lo que está aquí dentro.

P. Pues ponga un escribano



con su pluma y su tintero.
D. G. Esto ya pasa de burla,
y os dejo por majadero,
y el no poderme vengar
es tan solo lo que siento.
(Hace que se va.)
P. Qué se va usted de ese modo,
don Guindo, mi amigo y dueño?
Venga usted, ¡voto á brios!
y el testamento acabemos.
D. G. Por oír sus simplezas
ya desenojado vuelvo
para hacer lo que me mande.
¿Qué es lo que falta, Cerezo?
P. Falta el hablar de las mandas,
de misas y del entierro,
y nombrar mis albaceas,
y dar el viento postrero.
D. G. Pues vaya, disponga usted
á medida del deseo.
P. De todo lo que he testado
tomará posesion de ello
el hijo del sacristan
que le llaman Burro viejo,
por otro nombre Curiana.
Este hará un fiel juramento
de no entregar ningun mueble
hasta que venga mi abuelo,
que ya no puede tardar,
pues murió hace año y medio,
y porque tanto ha tardado
es regular venga presto.
D. G. Bien está, quedo enterado.
P. Usted aquí no hará más
que callar é ir escribiendo.
D. G. ¿Cómo dice usted que calle?
Por vida de...
P. No juremos,
que en la casa que se jura
anda el diablo muy ligero.

D. G. Miré usted la hora que es!
P. Las diez poco mas ó menos.
D. G. No es eso lo que digo.
P. Pues lo que yo digo es eso.
D. G. Ea, dejemos las chanzas.
P. Por Dios que no me chanceo.
Sigamos en lo que importa,
lo primero es lo primero,
y es que no me enterrarán
hasta que ya esté bien muerto;
en bóveda no ha de ser,
en un hueco mucho menos,
que ha de ser dentro de un pozo
para mantenerme fresco;
y con los cinco sentidos,
y los miembros de mi cuerpo
junto con las tres potencias,
pues necesito de ellos.
Esta es mi voluntad,
hágase lo que refiero.
Primeramente mi vista
es para Juanito el ciego,
y le pido que me cante
el romance de Oliveros;
y el oido se lo mando
al sordo Diego Cornejo,
que anda con mucha fatiga
acarreando pellejos,
con obligacion precisa
que siempre que oyere un trueno
de los que suelta la burra,
le diga muy serio: ¡cuerno!
Misas no dejo ninguna,
pues ni vivo las entiendo;
cera encendida menos,
porque á oscuras mejor duermo.
Y pues que me muero solo
no quiero acompañamiento;
y con eso Dios os guarde
los años de mi deseo.

MADRID.

Despacho de J. M. Marés y Compañía, Juanelo, 19.